

Familias: les detallo a continuación pautas a tener en cuenta en esta segunda etapa del año:

- LOS/AS ALUMNOS/AS DEBERÁN ENTREGAR PARA CORREGIR SÓLO LAS ACTIVIDADES QUE LA DOCENTE LE INDIQUE EN LA PLANIFICACIÓN.
- SE SOLICITA QUE LAS FOTOS QUE SE ENVIEN SEAN CLARAS Y LA LETRA LEGIBLE.
- QUE LA ENTREGA SE HAGA LOS DÍAS VIERNES DE CADA SEMANA. TENIENDO EN CUENTA QUE LAS ACTIVIDADES SE CARGAN EN LA PLATAFORMA LOS DÍAS LUNES, LOS/AS ALUMNOS/AS TIENEN TODA LA SEMANA PARA TRABAJAR EN LAS MISMAS.
- QUE HAGAN LAS CONSULTAS EN HORARIO HABITUAL DE CLASES (DE 8:00 A 12:15 HS DE LUNES A VIERNES) YA QUE A LA TARDE TRABAJO EN OTRAS INSTITUCIONES A LAS QUE TAMBIÉN DEBO RESPONDER.
- LAS ACTIVIDADES, A PARTE DE SER CARGADAS EN LA PLATAFORMA, SERÁN DEJADAS PARA FOTOCOPIAR EN LAS SIGUIENTES LIBRERIAS: TATETI- BURBUJAS- JOE.

SEMANA 12

LA NOVELA

Leemos un fragmento de novela

“La isla del tesoro” (fragmento)

Capítulo 1: Y el viejo lobo de mar llegó a la posada Almirante Benbow

El hacendado Trelawney, el doctor Livesey y los demás caballeros me pidieron que escribiera todo lo referente la Isla del Tesoro, sin omitir otra cosa que la localización de la Isla, ya que todavía hay en ella una parte del tesoro sin desenterrar. Así pues, tomo mi pluma en este año de gracia de 17... y mi memoria se remonta al tiempo en

que mi padre regenteaba la posada Almirante Benbow y el viejo curtido marino, con la cicatriz de un sable en el rostro, se alojó por primera vez bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer, dirigiéndose hacia la puerta de la posada y arrastrando detrás de él una carretilla con su cofre de marinero. Era alto, fuerte, macizo, con el color castaño que los océanos dejan en la piel; su renegrida trenza de pelo le caía sobre las hombreras de una raída casaca azul; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, las uñas sucias y rotas; y el sablazo que cruzaba su mejilla era de un lívido blanco. Lo veo otra vez, mirando la ensenada, silbando para sí mismo y entonando de pronto, en voz alta y a la vez temblorosa, aquella antigua canción de marineros que después tan a menudo la escucharíamos:

Quince hombres sobre el cofre del muerto.

¡Yo-ho-ho! ¡Y una botella de ron!

Después llamó a la puerta golpeándola con la punta de un bastón en forma de espeque, y a salir mi padre le pidió con rudeza un vaso de ron. Cuando se lo trajeron, lo bebió despacio, como un experto, saboreándolo mientras examinaba los acantilados a su alrededor y el letrero que colgaba en la puerta de la posada.

-Es una buena ensenada-dijo al fin-, y agradable el lugar de la posada. ¿Viene mucha gente por aquí, compañero?

Mi padre le respondió que no, que lamentablemente tenía pocos clientes.

-Bien, entonces este es el lugar que me conviene. ¡Eh, tú, compadre!- gritó al hombre que empujaba la carretilla con el baúl-, ayuda a subir el cofre. Voy a hospedarme aquí por un tiempo- continuó. Soy hombre llano; ron, tocino y huevos es todo lo que quiero, y aquella roca de allá arriba, para ver pasar los barcos. ¿Qué cómo debes llamarme? Decime Capitán. ¡Ah, ya veo qué es lo que lo preocupa! -y arrojó tres o cuatro monedas de oro sobre el umbral. Me puedes avisar cuando me haya gastado ese dinero-dijo mirando altivamente cual almirante.

Y en verdad, a pesar de su ropa deslucida y sus expresiones indignas, no tenía el aire de un simple marinero, sino la de un piloto o un patrón, acostumbrado a ser obedecido y a imponer su voluntad. El hombre que le llevaba el cofre nos contó que

la diligencia lo había dejado la mañana anterior en el Royal George y que allí se había informado de las hosterías de la costa; habiendo oído hablar bien de la nuestra, supongo yo, y de su ubicación aislada, la escogió entre las otras como el lugar ideal para instalarse. Eso fue todo lo que supimos de él.

Era un hombre reservado, taciturno. Durante el día vagabundeaba en torno a la ensenada o por los acantilados, con un catalejo de latón bajo el brazo, y por la tarde solía pasarla sentado en un rincón de la sala junto al fuego, bebiendo el ron más fuerte con un poco de agua. Casi nunca respondía cuando se le hablaba, se limitaba a mirar con hostilidad a su interlocutor soplando por la nariz; por lo que, tanto nosotros como los clientes habituales, pronto aprendimos a no meternos con él.

Cada día, al volver de su caminata, preguntaba si había pasado por el camino algún marinero. Al principio pensamos que echaba de menos la compañía de gente de su condición, pero después caímos en la cuenta que precisamente lo que trataba era de esquivarla. Cuando algún marinero entraba en la Almirante Benbow (como de tiempo en tiempo solían hacer los que se encaminaban a Bristol por la carretera de la costa), él espiaba, antes de pasar a la cocina, por entre las cortinas de la puerta; y siempre permaneció callado como un muerto en presencia de los forasteros.

Yo era el único para quien su comportamiento era explicable, pues, en cierto modo, participaba de sus alarmas. Un día me había llevado a parte y me prometió cuatro peniques de plata cada primero de mes, si “tenía el ojo avizor para informarle de la llegada de un marinero con una sola pierna”. Muchas veces, al llegar al día convenido y exigirle yo lo pactado, me soltaba un tremendo bufido, mirándome con tal cólera, que llegaba a inspirarme temor; pero, antes de acabar la semana parecía pensar lo mejor, me daba mis cuatro peniques y me repetía la orden.

No es necesario que diga cómo mis sueños se poblaron con las más terribles imágenes del mutilado. En noches de tormenta, cuando el viento sacudía toda la casa y el oleaje rugía rompiendo contra los acantilados, se me aparecía con mil formas distintas y las más diabólicas expresiones. Unas veces con su pierna cercenada por la rodilla; otras, por la cadera; en ocasiones era un ser monstruoso de una única pierna que le nacía del centro del tronco. Yo lo veía, en la peor de mis pesadillas,

correr y perseguirme dando saltos sobre los matorrales y las acequias. En suma, pagaba yo un alto precio por mis cuatro peniques con tan espantosas visiones.

Pero, aun aterrado por la imagen de aquel marinero con una sola pierna, yo era, de cuantos trataban al capitán, quizá el que menos miedo le tuviera. En las noches en las que bebía más ron de lo que su cabeza podía aguantar, cantaba sus viejas canciones marineras, impías y salvajes, ajeno a cuántos lo rodeábamos; en ocasiones pedía una ronda para todos los presentes y obligaba a la atemorizada clientela a escuchar sus historias, llenos de pánico, y a corear sus cantos. Muchas veces se estremecía la casa con su canto “¡Yo-ho-ho! ¡Y una botella de ron！”, que todos los asistentes se apresuraban a acompañar por temor a despertar su ira. En esas ocasiones era el acompañante más tiránico que jamás se ha visto; daba puñetazos en la mesa para imponer silencio a todos y estallaba enfurecido tanto si alguien lo interrumpía como si no, pues sospechaba que no seguían su relato con interés. Tampoco permitía que nadie abandonase la posada hasta que no lo hiciera él ya del todo borracho.

Lo que más asustaba a la gente eran las historias que contaba. Terroríficos relatos donde desfilaban ahorcados, condenados, temporales de altamar, leyendas de la Isla de la Tortuga y otros siniestros parajes de la América española. Según él mismo contaba, había pasado su vida entre la gente más despiadada que Dios lanzó a los mares; y el vocabulario con que se refería a ellos en sus relatos escandalizaba a nuestros sencillos vecinos tanto como los crímenes que describía.

Mi padre aseguraba que aquel hombre sería la ruina de nuestra posada, porque pronto la gente se cansaría de venir para sufrir humillaciones y luego terminar la noche sobrecogida de pavor. Pero yo creo que su presencia nos fue de provecho, porque los clientes, que al principio se sentían atemorizados, luego, en el fondo, encontraban deleite: era una fuente de emociones que rompía la calmosa vida en aquella comarca. Incluso había algunos que hablaban de él con admiración diciendo que era “un verdadero lobo de mar” y “un viejo tiburón”, entre otros apelativos por el estilo; y afirmaban que hombres como aquel habían ganado para Inglaterra su reputación en el mar.

Hay que decir que, a pesar de todo, hizo cuanto pudo por arruinarnos; porque semana tras semana, y después, mes tras mes, continuó bajo nuestro techo, aunque desde hacía mucho ya su dinero se había gastado. [...] En todo el tiempo que vivió con nosotros no mudó el capitán su indumentaria. [...] Nuca escribió carta alguna y tampoco recibía, ni jamás habló con otra persona que alguno de nuestros vecinos. Nunca pudimos sorprender abierto su cofre de marino. [...]

Robert Louis Stevenson

Adaptación: Adriana Santa Cruz

INFORMACIÓN PARA COPIAR EN LA CARPETA:

La novela, al igual que el cuento, pertenece al género narrativo en prosa. En las obras pertenecientes a este género, el autor crea una voz, denominada *narrador*, que relata una historia de ficción: presenta una acción o sucesión de hechos en la que participan una serie de personajes que se sitúan en un espacio y en un tiempo. Sin embargo, el cuento y la novela no son iguales; su principal diferencia es la extensión: el cuento es breve mientras que la novela es extensa y suele dividirse en capítulos. Además, estos subgéneros presentan otras características distintivas:

CUENTO	NOVELA
Pocos o un solo personaje.	Varios personajes.
Por lo general, transcurre en un solo espacio.	Las acciones transcurren en varios espacios.
No suele haber demasiada amplitud temporal.	Suele abarcar un gran período de tiempo.
Cuenta una sola historia.	Cuenta varias historias.
Pocas descripciones y pocos diálogos.	Gran cantidad de diálogos y descripciones.

- 1) Lee el fragmento de la novela “La isla del tesoro” y responde las siguientes preguntas.
 - a) ¿En qué época y en qué lugar se desarrolla la acción?
 - b) ¿Qué personajes se presentan?

c) ¿Cómo se describe al capitán?

INFORMACIÓN PARA COPIAR EN LA CARPETA:

LAS SECUENCIAS TEXTUALES

Como ya sabes, los textos tienen una trama específica, la cual está determinada por el predominio de un tipo particular de secuencia textual. Las secuencias textuales son conjuntos de enunciados que, de acuerdo a su estructura, se clasifican en narrativas, descriptivas, explicativas, argumentativas, conversacionales e instruccionales.

En las novelas hay un predominio de secuencias narrativas, donde se narran los hechos y acciones que componen la historia. Pero también podemos encontrar secuencias descriptivas y conversacionales. Las secuencias narrativas aceleran la acción junto con los dialogales, mientras que las descriptivas la retardan.

3) El capítulo que leíste termina con una escena en la que el doctor Livesey y el capitán tienen una discusión. Escribe el final del capítulo a partir de la siguiente frase. Sigue los consejos de escritura que te doy a continuación. (**ENVIAR ESTA ACTIVIDAD PARA SER VISADA**)

Tan sólo en una ocasión alguien se atrevió a hacerle frente, y ocurrió ya cerca de su final, y cuando el de mi padre estaba también cercano. El doctor Livesey había llegado al atardecer para visitar a mi padre y pasó a la sala a fumar una pipa mientras aguardaba a que trajesen su caballo...

CONSEJOS PARA LA ESCRITURA:

- REPASA LOS HECHOS NARRADOS EN LA PRIMERA PARTE. ANOTA EN UNA HOJA LAS ACCIONES PRINCIPALES DE FORMA RESUMIDA SIGUIENDO ESTOS EJEMPLOS:

EL JOVEN PROTAGONISTA DECIDE CONTAR LA HISTORIA DE LA ISLA DEL TESORO.

UN VIEJO Y CURTIDO NAVEGANTE LLEGA A LA HOSTERÍA ALMIRANTE BENBOW.

- PIENSA TU HISTORIA Y ESCRIBE SECUENCIAS NARRATIVAS PARA LOS HECHOS.
- REDACTA SECUENCIAS DESCRIPTIVAS EN LAS QUE SE DESCRIBA A LOS PERSONAJES Y AL ESPACIO.
- REDACTA SECUENCIAS CONVERSACIONALES, DIÁLOGOS ENTRE LOS PESONAJES.